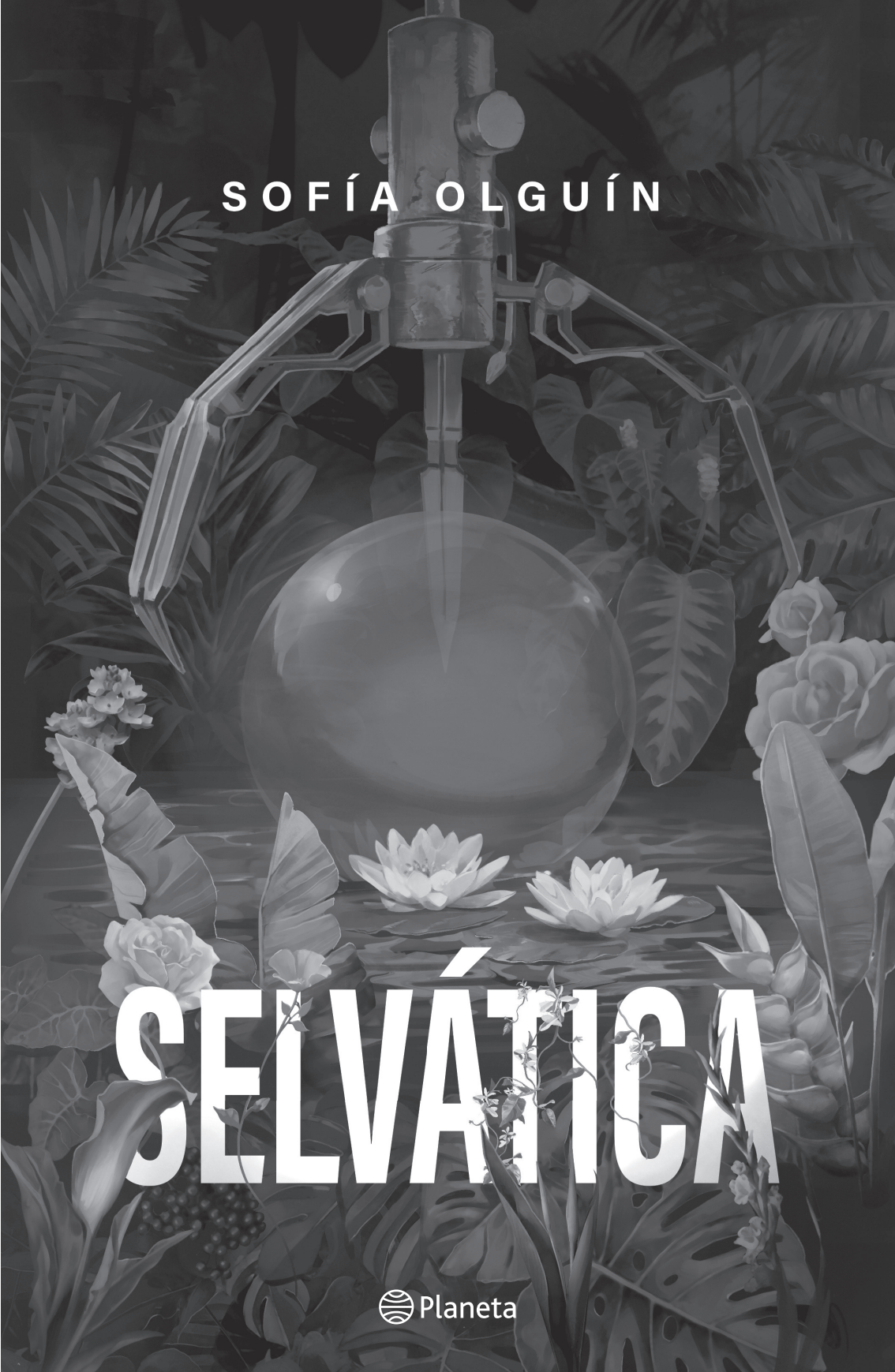


A surreal illustration of a blue mechanical device, resembling a robotic arm or a scientific instrument, holding a large, glowing red sphere. The scene is set in a lush, dark jungle with various tropical plants, including ferns, roses, and lilies. The overall atmosphere is mysterious and fantastical.

SOFÍA OLGUÍN

SELVÁTICA

 Planeta

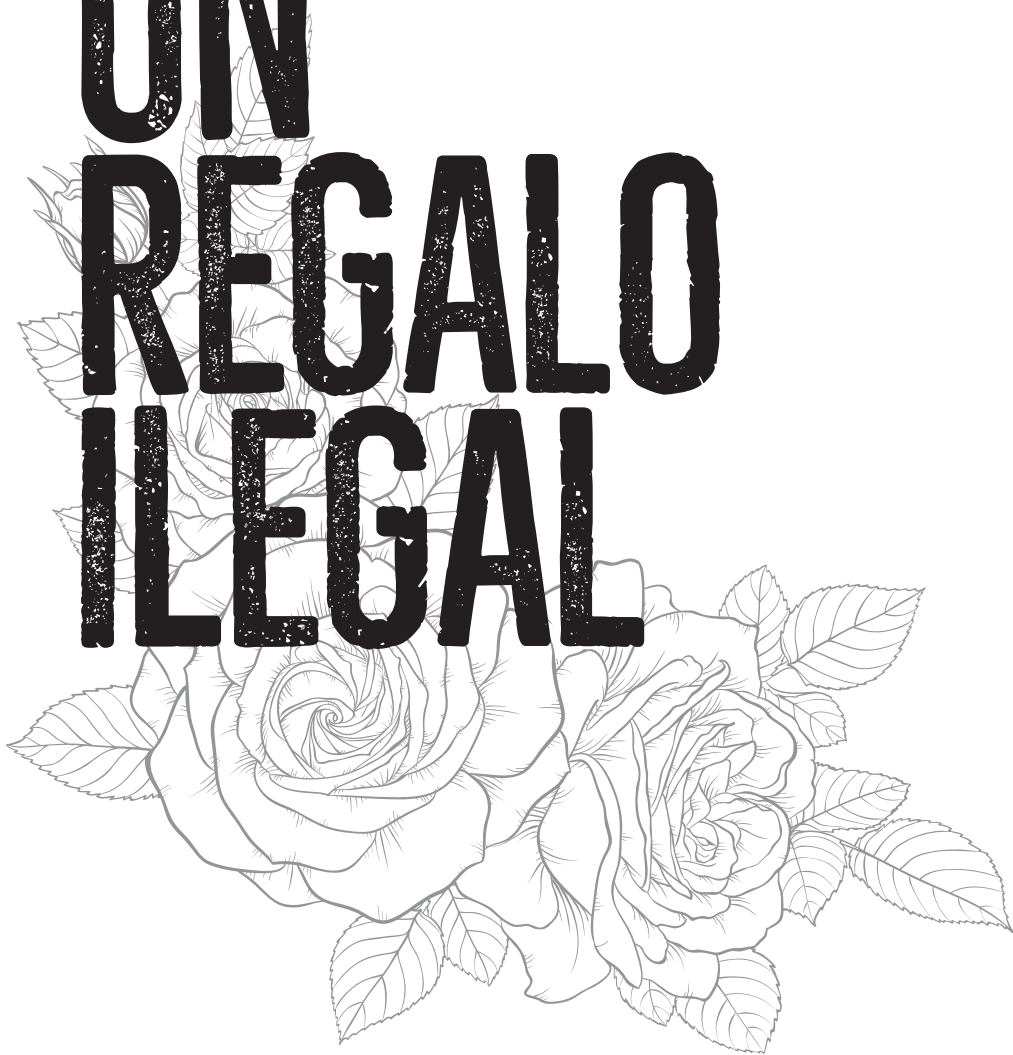


SOFÍA OLGUÍN

SELVÁTICA

CAPÍTULO 1

UN REGALO ILEGAL



Me despierta el grito de mamá. Esos chillidos de alegría solo pueden significar una cosa: los cascarones se están rompiendo. Por primera vez en años, nuestros pajaritos nacen antes que los de la vecina de enfrente. Adormilado, miro la hora en el celular. Solo faltan cinco minutos para que suene la alarma. Me siento sobre la cama y estiro los brazos. Por la ventana puedo ver el reluciente cielo celeste y, a lo lejos, los puntiagudos edificios del centro. Un leve movimiento en el jardín de los vecinos me hace bajar la mirada.

Suspiro. Es él, el hijo de la vecina. Suele irse de juerga por las noches y regresar bien entrada la madrugada. Divertido, lo contemplo mientras se trepa al árbol y se mete a su dormitorio por la ventana. Su nombre es Pruk y es unos años mayor que yo. Estudia para ser abogado, como su padre. Siempre me ha gustado, pero nunca me atreví a acercarme a él. Y menos cuando descubrí sus andadas nocturnas. No es el tipo de novio que le gustaría a mamá. Suspiro otra vez y miro mi biblioteca, mi armario prolijamente ordenado, las paredes desnudas que me rodean. Y además, creo que no se interesaría en un chico tan aburrido como yo. Pruk tiene una personalidad completamente opuesta a la mía.

Cuando bajo al salón, veo a mamá en el fondo del jardín, barriendo las hojas secas del altar. El salón huele a incienso y estornudo una, dos, tres veces cuando el humo me entra en la nariz. El incienso de los días festivos es más fuerte y este, sin duda, es un día festivo.

Me quito los zapatos y así, descalzo, camino hasta el altar. El pasto se siente fresco y húmedo bajo mis pies desnudos. A veces, alguna piedrecita se me queda en el talón. Mamá está cambiando el agua de los floreros y canta para sí misma alguna canción litúrgica. *Las aves del cielo cantan para los seres de la tierra, deja que nuestra alma terrenal remonte vuelo contigo...*

—¡Nathan! —exclama cuando me ve a su lado.

Entonces veo las ojerías verde azuladas que le abultan los ojos. Parece un mapache fumigado. No ha dormido en toda la noche, a la espera de que el primer pajarito se asome al mundo. La hembra, de color rojo con el pecho amarillo, está al lado de sus huevos, mientras que el macho, de menor tamaño y de un color rojo más oscuro, vigila el nacimiento desde la rama más alta del cerezo.

Okey, admito que mi madre se pone un poco histérica cuando se acerca el nacimiento de nuestras aves sagradas. Limpia toda la casa con una obsesión que roza lo maniaco, la perfuma con incienso, barre las hojas secas del jardín tres veces al día y, por sobre todas las cosas, agasaja a la pareja plumífera con flores y agua azucarada.

—Este año se adelantaron —susurra acariciándole la cabeza con el dedo a Shantara, nuestra hembra—. Ve a colocar el incienso en la puerta, cariño.

Obedezco. Del aparador del salón saco un incensario de cobre, lleno el cazo de incienso ceremonial, hago un pequeño hueco y coloco allí un carbón encendido. Estornudo de nuevo y, tratando de no respirar, llevo el incensario hasta la puerta de entrada y lo cuelgo junto al buzón.

—¡Felicidades! —dice Edward, el cartero, cuando pasa por la calle en su bicicleta.

Desde la ventana de la casa de la vecina, advierto que alguien me mira. Es Pruk y, por su expresión, parece que estuviera contemplando un mal chiste.



—No le gusto —le digo a Selene cuando me pregunta por mi vecino por quinta vez en la semana.

—¿Y cómo lo sabes?

—¿Porque me mira como si estuviera viendo caca de perro, tal vez?

Se acercan las vacaciones de verano y se nota. Los ánimos están alterados. Ya nadie presta atención en clase, nadie hace los deberes, nadie estudia para los exámenes. Bueno, yo sí lo hago. Un poquito. Sería un idiota si bajara mis calificaciones ahora, que estoy a solo unas semanas de egresar.

—¿No le gustan los chicos?

—No tengo idea.

Selene quiere ayudarme, lo sé. Pero para ayudarme tendría que conseguirme una personalidad nueva y eso es imposible. No deseo, no me interesa cambiar. No quiero que ningún chico se enamore de un Nathan que no existe. O yo o nada.

—¡Buenas, buenas! —Thadeo deja caer la bandeja de su almuerzo sobre la mesa—. ¿De qué hablaban? ¿Por qué se han callado?

—Hablábamos de hombres —sentencia Selene.

Thadeo suelta una carcajada.

—Por mí, pueden seguir hablando.

Selene pone los ojos en blanco.

—Voy a buscar mi almuerzo —dice.

La contemplo dirigirse al tubo de alimentación. Selene es baja de estatura, de cabello oscuro, piel morena, ojos cafés y nariz respingada. Es incluso muy bajita para la media y por eso tiene que ponerse en puntitas de pie para pedirle

comida al tubo: el reconocimiento facial de la pantalla le queda alto. Selene tiene una cara bonita, realmente. Me gustan sus pestañas arqueadas y sus labios con forma de corazón. Habría intentado algo con ella si me gustaran las chicas. La veo tomar una bandeja y colocar su dedo índice en el teclado del tubo. La veo aguardar y contemplar disimuladamente a los chicos que juegan al fútbol más allá del comedor. La veo seguir con la mirada a uno en particular. Leon, un muchacho que siempre viste como si aguardara ser reclutado para el equipo de la ciudad. Pasados unos segundos, la ventanilla del tubo se abre y el tubo le entrega su comida, pero Selene sigue mirando a Leon.

—No puedo creer que quieras comer eso a esta hora —dice Thadeo con otra carcajada.

El tubo le dio a Selene una hamburguesa de tres pisos aderezada con queso cheddar, cebolla, lechuga, tomate y algún condimento picante. Ella se encoge de hombros.

—Yo tampoco. Pero anoche no cené —se excusa sin darle mucha importancia. Divertido, la veo abrir su diminuta boca para hincarle el primer mordisco a semejante monstruosidad.

Thadeo se termina su almuerzo (una pechuga de pollo y una sencilla ensalada de arroz con verduras) y comenta que la empresa de su padre desarrolló una *app* que me puede interesar. Selene frunce las cejas. Un bigote de mayonesa le cubre el labio superior. Nuestro amigo agarra mi celular, teclea un poco y me lo pasa.

—Es una broma, ¿cierto?

Selene alarga el cuello para ver de qué se trata. En vano, porque es demasiado bajita.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Qué es?

Por la pantalla, una especie de ruleta gira a toda velocidad. Pero en vez de números, hay fotos de chicos. ¡Escoge, campeón!, me incita un cartel. Es una *app* de citas.

Son todos condenadamente guapos. Tienen ojos azules, verdes, grises y rasgos de los más variados, pero muy armoniosos. Parece que ser atractivo fuera un requisito.

—No es lo que parece —se excusa Thadeo cuando las mejillas de Selene se ponen rojas de indignación—. Es solo para conocer gente. ¿No te interesaría conocer algún chico...?

—¿Escoge, campeón? —susurra Selene—. Qué mal gusto.

—Me interesaría conocer al chico que estuviera interesado en conocerme —suspiro.

Selene pone los ojos en blanco. Thadeo chasquea la lengua.

—Con esa actitud vas a morir soltero —dice él y agarra mi celular—. Bueno, a ver. Conociendo tus gustos. Ya sabemos, los chicos con cara bonita... como yo. —Frunzo las cejas y Selene finge una carcajada—. ¿Qué tal... este? —Me muestra a un chico de piel morena, ojos miel y rizos castaños. Es guapo, pero...—. ¿Y este? —Es un pelirrojo de ojos azules y mejillas pecosas. Muy exótico...—. ¿Qué tal este?

Quisiera decirle que todos son muy guapos y que ese, justamente, es el problema. Son demasiado atractivos para mí.

Parpadeo. Sin querer, me muerdo el labio inferior. Ya vi esta foto (parece que la aplicación repite pretendientes) y me fascinó. Es un muchacho de sonrisa tierna y profundos ojos verdes. Sin querer, también sonrío. Tiene un *piercing* en la nariz, uno en el labio, en las dos orejas y, observo bien, reflejos rosa en las puntas de sus cabellos negros.

—¡Bingo! —exclama Thadeo.

Selene le quita el teléfono de un manotazo, pero no puede articular palabra cuando ve la foto del muchacho. Es extraordinariamente bonito.

—*Etienne, diecisiete años, cantante, 4nt*. Vaya, no da mucha información... —Selene me pasa el aparato—. *¿4nt?* ¿Qué es eso? ¿Algún término gay?

Desde la pantalla iluminada, el chico que dice llamarse Etienne me devuelve su mirada de ojos verdes.

Cuando por fin voy a buscar mi almuerzo al tubo de alimentación, este solo me da una bolsa con cinco galletitas saladas. Sí, se me fue el apetito. Terminamos de comer en silencio. No dejo de preguntarme por qué mis dos amigos parecen tan empeñados en conseguirme un novio.



Mientras regreso a casa en bicicleta, paso por la plaza del pueblo y luego, por el templo. Creo que hay alguien siendo castigado, porque hay buitres sobrevolando las calles. La gente circula con normalidad, así que imagino que no será ejecutado. Al menos no hoy. Unos azotes, unos picoteos de los buitres y a casa. O a la celda.

Ahí está mi futuro, según Thadeo: ser sacerdote. Dormir en un lecho de paja, dedicarme al cuidado de las aves y oficiar ceremonias de vez en cuando. No suena nada mal, si tengo que dar mi opinión. Preferiría ser sacerdote a ser policía, como mi padre. Aunque, si lo pienso mejor, tampoco creo que sea agradable presenciar ejecuciones.

Por eso, desde que descubrí que mi destino estaba decidido de antemano, me empeñé en ayudar más a mi madre en la tienda de plantas. Aprendí a podar rosas, a distinguir las plagas, a eliminar a los insectos sin dañar las flores. Aprendí qué plantas necesitan estar al sol, cuáles deben permanecer a la sombra, cuáles hay que regar a diario y cuáles deben ser regadas solo cuando la tierra se seca.

Sin embargo, mi hermana es mejor que yo. No lo sé, es difícil de explicar. Sabe combinar los colores de las flores, sus formas, puede guiar las enredaderas a lo largo de todo un muro con una perfección asombrosa. Mis enredaderas siempre quedan desordenadas, revueltas. Y eso entristece a Vicky. Sabe que no quiero ser policía, pero ella tampoco desea serlo y, a fin de cuentas, yo soy hombre y un arma se ve mucho mejor en las manos de un varón. ¿O no?

Cuando llego a casa, la tienda está abierta a pesar de que es mediodía. Mamá ha invitado a los vecinos a festejar el nacimiento de nuestras aves sagradas. El señor Edward, el cartero, bebe té de menta junto al señor Perkins, el veterinario del pueblo, y doña Emelianne, que trabaja diseñando altares, está sentada junto a mi madre y le muestra alguna de sus revistas de diseño. Mamá siempre ha deseado contratar sus servicios, pero doña Emelianne cobra demasiado caro y no podríamos permitirnoslo.

—Los altares de la ciudad son tan pequeños —suspira Emelianne—. Algunas personas tienen que disponer sus altares en el balcón. Los que tienen balcón, claro. —Chasquea la lengua—. ¡Pero incluso en el lugar más pequeño se puede hacer un altar hermoso!

Mamá la escucha sin decir nada. Yo creo que nuestro altar ya es lo suficientemente bonito y que no necesitamos los servicios de una diseñadora. Pero ¿quién soy yo para criticar tales banalidades?

Hasta invitó a la vecina del frente, observo. Celesti Panich, la mamá de Pruk, está de pie junto a las orquídeas que cuelgan del techo abovedado. Y allí, apoyado en una pequeña fuente, está él, destilando malhumor.

—Es madera de cítricos —le digo a Pruk. Él se gira—. La madera más nutritiva para las orquídeas.

—Ah. —Y me dirige una sonrisa torcida, burlona—. Supongo que vas a suceder a tu madre, entonces. —Su sonrisa se hace más sarcástica.

Intento descubrir si se está burlando de mí, pero cuando decido que sí, él ya está junto a su madre y ambos atraviesan la salida de la tienda.

Tal vez ser sacerdote no sea una mala opción, después de todo.



Me despierta el celular. Aturdido, enfoco la mirada y me pregunto cómo es posible que mi teléfono esté sonando si hoy es sábado, si ayer fue viernes... Pero si mi teléfono está sonando, eso quiere decir que ayer fue jueves...

—¡Feliz cumpleaños, Nate!

—¡Que los cumplas feliz, que los cumplas feliz, que los cumplas, querido amigo...!

Oh, cierto. Hoy sí es sábado. Y es mi cumpleaños. Sonrío. Allí, en la pantalla dividida en dos, están Thadeo y Selene. Alcanzo a distinguir detrás de él los afiches de sus videojuegos favoritos. Selene viste un camisón azul y está despeinada y sin maquillaje.

—Gracias, chicos. —Me acomodo sobre la cama para que puedan verme.

Aún no ha terminado de amanecer. El cielo se encuentra en ese estado intermedio que precede a la noche y antecede al día. Aún se vislumbran algunas estrellas y a lo lejos puedo ver la Casa Presidencial de Eshva, flotando entre las nubes.

—Está un poco nublado —dice Selene mirando por su ventana—. Pero saldremos igual y si cancelas te iremos a buscar para llevarte secuestrado, ¿me entiendes?

—Sí...

Desde su habitación, Thadeo asiente acatando las palabras de ella.

—Te llevaremos a un lugar genial.

—Thadeo —advierte Selene—. Cállate.

Thadeo es la peor persona para planear sorpresas. Me río, y me pregunto qué será esa sorpresa que han tramado y que, por primera vez, parece haberlos puesto de acuerdo en algo.

A veces pienso que mis amigos se gustan. No sé si serán imaginaciones mías, pero en ocasiones observo que Thadeo se queda en la mejilla de Selene unos instantes de más. No lo sé. Y comprendo que es egoísta, pero no quisiera que mis mejores amigos se pusieran de novios y me dejaran de lado, como suele pasar en estos casos.

—Ey, ¿sigues dormido o qué?

Les sonrío.

—¿Qué van a hacer hoy? Antes de la noche, quiero decir.

Thadeo cuenta que tiene un torneo de videojuegos en la ciudad. No va a participar porque él fue el ganador el año pasado y eso le impide hacerlo,

pero debe estar presente para entregarle la medalla al nuevo ganador. Además, su padre está interesado en comprar ese torneo.

Selene dice que va a ayudar a sus madres en la clínica. Advierto que aparta la mirada mientras lo dice. ¿Tal vez van a salir juntos? Lo imagino y sentirme excluido de sus planes me causa una rara incomodidad. Pero solo es una suposición, una imaginación mía que tal vez ni siquiera se acerca a la verdad.



Como es mi cumpleaños, me dejan dormir hasta tarde. Pero no duermo. No dejo de darle vueltas al hecho de que Selene y Thadeo estén saliendo juntos. Imagino que ese es el motivo por el que Thadeo ha intentado buscarme novio en una estúpida aplicación.

Me levanto, tiendo la cama y observo por la ventana a mi amor platónico. Allí está, recién llegado de su juerga y como un ladrón se inmiscuye hacia el interior de su casa. Me pregunto qué hace en sus noches de parranda. Los rumores dicen que bebe, consume drogas y golpea niños de primaria. Quién sabe.

A veces pienso que Pruk en verdad no me gusta. Que mis sentimientos son una excusa para seguir en esta monótona comodidad llamada soltería (no salir, no hablar con chicos, no aventurarme a conocer a nadie ni siquiera por medios virtuales). Y es que, seamos realistas, Pruk es muy guapo pero su personalidad apesta. En verdad no me imagino qué podríamos hacer juntos (además de lo obvio, claro) si, en algún universo paralelo, él se fijara en mí.

La Casa Presidencial ya desapareció entre las nubes. Como predijo Selene, el cielo se está nublando.



Mis padres se dan cuenta de que me pasa algo, pero no preguntan nada. No creo que sospechen lo que me pasa: estoy a semanas de ser un adulto, a semanas de tener que decidir a qué voy a dedicarme por el resto de mi vida. Y deseo el trabajo de mamá. Quiero la floristería.

Y mientras recibo el obsequio que el tubo de alimentación tiene para mí (una caja de chocolates rellenos), imagino el día en que tendré que ir a la ciudad a tramitar mi nuevo documento de identidad. Imagino a mi

familia allí, detrás de mí; los ojos de mi hermana menor suplicándome que no la condene a ser una carcelera por el resto de sus días. Imagino eso y quisiera desaparecer.

Sí, desde que comprendí que tendría que ser policía, mis cumpleaños son un recordatorio del destino que me aguarda. Y sí, a veces pienso que sería más fácil desaparecer. Si desapareciera, imagino, Thadeo y Selene podrían salir juntos sin sentirse culpables y mi hermana podría ser feliz en la tienda de plantas sin preocuparse por la vida miserable de su hermano.

En esos pensamientos absurdos ocupo la tarde, mientras ayudo a mamá a abonar las rosas, a podar los arbustos, a preparar los ramos que han encargado para esta noche y para mañana. Trabajo en silencio y ella tampoco habla mucho.

—¿A dónde irás con tus amigos? —me pregunta cuando coloco en la cubeta de agua el quinto ramo de rosas y espolvoreo los pétalos con brillantina. Vaporizo sobre las flores un poco de esencia de rosas artificial.

—No me dijeron.

—¿Te imaginas a dónde te llevarán?

Me encojo de hombros.

—A algún bar.

Mamá frunce las cejas y cruza los brazos sobre el pecho.

—No bebas —ordena.

—OK.

Y así paso el resto de la tarde, pensando a dónde me llevarán Thadeo y Selene. Supongo que iremos al centro de la ciudad, a algún bar donde sirvan bebidas con sombrillas de colores, donde haya gente joven como nosotros, música fuerte y... me muerdo los labios.

Chicos.

Estoy seguro de que me llevarán a algún sitio para que conozca un chico. Quieren que salga con alguien. Y quisiera imaginar que es porque se preocupan por mí, pero no dejo de pensar que si yo me pusiera de novio ya no sentirían culpa al confesarme que han estado revolcándose.

A eso de las seis, mamá me deja solo en la tienda y se va a casa a preparar un poco de té. Rocío los ramos de flores, reviso si hay nuevos pedidos en nuestra *app*. Alguien ha encargado un arreglo floral para su pájaro sagrado recién fallecido, un hombre encarga un ramo de rosas para su esposa... Anoto todo en la libreta de mi madre.

—Hola...

Levanto la mirada. No lo había oído entrar. Es un hombre y, por cómo está vestido, no puede ser más que un habitante de la calle. Un proscrito.

—¿Tienes flores secas que vayas a tirar?

—Sí, espera un momento.

Voy hasta el jardín trasero y regreso con las rosas demasiado abiertas que ya no se podrán vender. Sin embargo, el hombre ya no está.

—Mierda.

Muerto de rabia, observo que los cinco ramos de flores que he preparado han desaparecido. El muy buitre se los ha robado. Corro hasta la entrada y miro hacia ambos costados, pero el tipo no se ve por ningún lado.

Me pregunto por qué los tubos de alimentación no les dan comida a estas personas. Mamá dice que son criminales (ladrones, *comepasto*, mierdas con patas, asesinos)..., pero no lo creo.

Una vez, hace algunos años, ocurrió la misma secuencia.

Aquella vez fue un niño.

Entró, pidió flores secas y cuando regresé, se había robado un ramo de rosas. ¿Acaso ese niño que no podía tener más de diez años era un criminal? ¿Un asesino?

Salí a la calle, lo perseguí... y lo alcancé. Estaba escondido en un contenedor de basura con la boca llena de pétalos y las manos lastimadas por las espinas. Cuando alzó los ojos, me contempló con terror y se cubrió la cabeza, aguardando los golpes. En ese momento solo tuve ganas de llorar. Me incliné y le dije que viniera a la tienda, que le curaría las heridas y le daría algo de comer. Me dijo que se llamaba Saphir y que vivía en la calle. Le quité las espinas de sus dedos flacos, le serví un poco de leche que no bebió y cuando quise darle algo de la comida que el tubo me había dado a mí, me dijo que no podía comerla. Que le hacía mal. Al estómago. La vomitaba. Le daba náuseas.

Así que no. No creo lo que dice mi madre. No creo que ese niño de diez años fuera un criminal. Su único crimen, acaso, era robar para poder comer.

Durante la cena estoy algo ido. Mi padre me pregunta qué me pasa y no tengo más opción que mentirle.



—Vaya, qué tubo tan generoso —exclama Thadeo cuando ve la comida desplegada a lo largo de la mesa del comedor.

Esta noche no viste ninguna de sus camisetas de videojuegos; se ha vestido más elegante, con una bonita camisa azul y unos pantalones negros algo ajustados. Además, veo que se ha cortado el pelo: castaño y ondulado, cae prolijo sobre su frente, enmarcándole el rostro. No durará mucho. Selene también está muy guapa, con un vestido fucsia sin mangas que le llega hasta más arriba de las rodillas y unos zapatos de taco que dejan a la vista sus uñas pintadas. Se ha alisado el cabello, además.

—¡Feliz cumpleaños, Nate!

Oh. Es Alex, el hermano de Thadeo. Mientras acepto su amistoso abrazo me pregunto por qué vino, si es que no lo he invitado... Y comprendo que, claro, Alex tiene su propio coche y es él quien nos llevará. Huele a perfume caro e intento que no se note que estoy sonrojado porque Alex es guapísimo. Y es el motivo por el que las chicas y algunos chicos de los cursos superiores intentan acercarse a Thadeo. El ingeniero Alex McNamara tiene el mismo cabello de su hermano, pero siempre luce cortes de moda. Lo lleva corto a los costados y en la nuca, y sus rizos de bronce caen con estilo sobre su frente. A diferencia de Thadeo, lleva con desenfado toda esa casual elegancia. Mi amigo, en cambio, parece otra persona cuando no viste sus camisetas de superhéroes.

El regalo de Selene, como siempre, es ropa, mientras que el de Thadeo es una generosa orden de compra en cualquiera de las sucursales de Narsen, la empresa de su padre. Alex no me da ningún obsequio, sin embargo, cuando mi madre va a la cocina a buscar la torta de cumpleaños, aprovecha para decirme al oído:

—Después te doy tu regalo, Nate. No creo que tu madre lo apruebe. —Y se ríe contra mi cuello. Qué carajo...

Vicky baja las escaleras corriendo, seguramente atraída por la voz de Alex. Se peina el cabello con las manos y cuando se inclina hacia mis amigos para saludarlos, Thadeo esconde el celular en su pecho. Selene se ríe nerviosa.

—¿Todo bien, Vicky?

Mi hermana se sonroja. Y es que además de ser guapo, Alex es condescendentemente simpático. Está de novio hace tres años con una muchacha de la ciudad. Me causa mucha curiosidad la afortunada, la verdad.

Vicky enciende el televisor, selecciona una *app* y elige el último disco de su grupo pop favorito. Veo que Selene hace un mohín de desagrado, porque siempre ha preferido el rock. Thadeo, sin embargo, no dice nada y sacude la rodilla al ritmo de la música.

—¿Por qué tan silenciosos? —exclama Vicky.

Y tiene razón. Más que silenciosos, me parece que mis amigos están nerviosos por algo. Y creo saber el motivo. Selene suelta una risita falsa y Thadeo comienza a aburrirnos con algunas de sus anécdotas de *gamer*. Que participará en un curso de desarrollo de videojuegos, pero que su padre no quiere que lo haga porque el curso pertenece a la empresa rival. Participará de todos modos, porque su padre no puede impedirselo...

En ese momento, afortunadamente, llega mi madre con la torta recién salida del tubo. Sin querer, me acuerdo de Saphir.



La noche se siente cálida y húmeda. Por suerte, el auto de Alex es descapotable y Thadeo puede ponerse de pie sobre el asiento del copiloto para admirar el paisaje que dejamos atrás a toda velocidad.

—Tonto, bájate, ¡si te caes tendremos que recogerte con cuchara! —lo reta Alex. Y con la mano derecha le tironea de los pantalones, que se le deslizan hasta que se le ve el elástico de la ropa interior.

Ahora que dejamos atrás la supervisión adulta, mis amigos están más relajados. Selene se suelta el cabello y deja que planee libre detrás de sí como un ave nocturna. Thadeo sonríe, pero no aparta la mirada de su teléfono. Cuando nos detenemos en un semáforo, Alex se gira y, por entre su asiento y el de Thadeo, me alarga el brazo derecho. Abre la mano y sobre su palma observo cuatro pequeñas perlas de color rojo rubí.

—Te dije que tenía un regalo para ti —exclama mostrando al sonreír sus dientes perfectos.

Esta vez no me sonrojo. Contemplo la mano abierta de Alex, las cuatro perlas rojas que brillan cuando la luz de la incipiente ciudad las acaricia.

—¿Dónde los conseguiste? —pregunta Selene.

La expresión de Thadeo, en cambio, no es dura. Observa las perlas con los ojos muy abiertos y en ellos veo un poco de temor y mucho, mucho entusiasmo.

Alex cierra la mano y vuelve a tomar el volante. Los autos detenidos junto a nosotros han retomado la marcha y nos unimos a ellos en menos de un instante. Alex se encoge de hombros.

—Son confiables. Unos amigos de mi novia los probaron y afirman que los sueños son maravillosos.

Entrega las tres perlas: una para mí, una para su hermano, una para Selene. Son diminutas, del tamaño de la uña del dedo meñique de mi ami-

ga. La mía es de color carmesí, apenas un poco más oscura que las otras. Aprecio que es semitransparente: puedo ver a través de ella.

—¿Las probaste? —le pregunto a Alex.

Ya dejamos atrás nuestra Región. Estamos en el corazón de la ciudad, rodeados por edificios altísimos que ocultan de nuestra vista las estrellas y los pájaros.

—Sí —responde Alex—. He soñado un par de veces.

Y me sonríe por el espejo retrovisor.

Nos quedamos en silencio el resto del camino. Y sé que mis amigos están pensando lo mismo que yo, que sienten lo mismo que estoy sintiendo.

¿Y qué es lo que siento?

Que quiero soñar.

Que deseo ver en mi mente todas esas imágenes, que deseo experimentar esas sensaciones... Esas experiencias que están vedadas para la gente común y que solo pertenecen a los sacerdotes y las pitonisas del templo.

Y que tengo miedo, mucho miedo, pero que también me invade una emoción inexplicable. Porque sé que si nos descubren llevando una de estas perlas en los bolsillos no nos espera nada bueno. Mi padre conoce los rostros de quienes se han pasado la vida soñando y ahora no saben si viven en un sueño o en la realidad. Sus cuerpos permanecen quietos en las frías celdas de la prisión y se pasan las horas durmiendo, viviendo en el interior de sus cabezas.

—Bien, creo que llegamos. Es aquí, ¿verdad?

Thadeo da un respingo y mira a nuestro alrededor. Entonces, yo también miro. Me cubro el rostro con las manos, deslumbrado. Por entre mis dedos, chispas de luz se deslizan entre mis pestañas y me hieren las retinas. Por un instante pienso que escucho un tambor, pero me doy cuenta de que es la vibración de la música que nos llega de alguna de las discotecas que nos rodean.

Estamos en el Barrio Rosa. Se me escapa una carcajada.

De repente, me olvido de la cárcel, de mis dieciocho años, de Saphir, de Pruk, de la perla... De repente solo soy yo y los chicos que beben en los bares, que bailan, que aguardan...

Selene, emocionada, quiere bajarse del coche, pero Alex no desea estacionar su carísimo auto deportivo en plena avenida, de manera que damos un par de vueltas hasta encontrar un estacionamiento.

Cuando salimos a la calle, no puedo hacer más que sentirme agradecido con mis amigos. Es la primera vez que visito el Barrio Rosa.

Thadeo se queda parado frente a la vidriera de un *sex shop*. Un maniquí de mujer sin cabeza nos alarga la mano. Está disfrazado de zorra, con orejas y cola.

—¿Vamos? —le digo a Selene.

—Ah, ¿qué? —farfulla ella.

Suelto una risita divertida. Mi amiga estaba mirando hacia el estante de los artículos *vintage*, más precisamente, la cubierta de una película protagonizada por un chico parecido a Leon.

Alex dice que el bar al que iremos está a un par de manzanas e intento seguir a mis amigos sin perderlos en medio de la multitud, los carteles luminosos y las diferentes músicas que nos llegan de los bares. Paso junto a un hermoso chico de cabello celeste y ojos rasgados como los míos. Me sonrío, pero desvío la mirada.

—No te quedes atrás —dice Thadeo y hace algo que nunca hizo en los ocho años que llevamos de amigos: me toma de la mano. Intercambiamos una sonrisa y acepto que me guíe entre la gente, mientras seguimos la ancha espalda de Alex.

Cuando nos detenemos en un semáforo, observo los carteles pegados en un muro: en un bar llamado Pirateon, en este mismo momento, está teniendo lugar un show de *strippers*. Más allá, en los muros de enfrente, ofrecen el show de Madame Sultana: una mujer de piel pálida y largo cabello rizado de color miel me contempla desde un minúsculo vestido negro. Parpadeo (la mano de Thadeo tira de mí, o tal vez la de Selene) y advierto que Sultana es en realidad un hombre.

—¿Te gusta? —pregunta Thadeo sacudiendo las cejas.

No le contesto. Selene no está mejor que yo. Mira para todos los sitios y estira el cuello con todo el disimulo posible cuando ve pasar a algún chico guapo.

—Buenas noches. Tenemos una reservación a nombre de Alex McNamara.

El recepcionista del bar tacha algo en su tableta y nos deja pasar sonriente. Es muy viejo para que lo considere un bocado apetecible, pero no deja de ser un veterano muy agradable de ver, con su cuerpo musculoso y sus brazos tatuados.

Antes de entrar, echo un vistazo a la fachada: Dulce Minerva. Y cuando entramos, me doy cuenta de por qué hemos venido a este lugar. Debe ser uno de los pocos bares donde dejan entrar a menores de edad como mis amigos. Veo a varios chicos que no deben tener más de quince años charlando alrededor de mesitas ratonas adornadas con velas falsas y flores de origami.

El lugar es agradable, la música está a un volumen prudente y en los rostros de mis amigos veo los reflejos luminosos que proyectan las bolas de vidrio.

—Jaque —dice Thadeo divertido, mirando hacia abajo.

Sonríó. El suelo del bar está hecho de baldosas blancas y negras, como un enorme tablero de ajedrez.

—No puedes hacerle jaque a la reina —le digo a mi amigo. Su sonrisa se ensancha.

—Cierto, cierto.

Nos sentamos en la mesa que reservó Alex, una de las más cercanas al escenario. Me acomodo contra el respaldo del sillón, cierro los ojos y suspiro. Selene dice algo de la carta de bebidas y Alex se mueve cuando advierte que intento ver algo que está detrás de él. No estaba mirando a ningún chico. Solo vi a un hombre que llevaba un ramo de rosas. Cada vez que veo un ramo de rosas intento descubrir si fue comprado en mi tienda. Pero estamos en la ciudad y eso es imposible. Pienso en Saphir e imagino que debe tener la edad de cualquiera de nosotros, de cualquiera de los chicos que están aquí, riendo y bebiendo sus tragos con poco alcohol.

Thadeo me pasa la carta y leo distraído. *Cerveza especial Pirateon, sidra de manzana, cóctel de fresas con rosas*, leo. Jamás he probado las rosas. Supongo que esta será la primera vez. Y más tarde, mientras saboreo el cóctel, intento imaginar si Saphir ha probado esta bebida, si Saphir está en algún lugar de esta ciudad, si acaso sigue vivo... Si acaso está en alguna celda.



—Me duele —susurró Saphir cuando le saqué la primera espina de sus delgados dedos.

La contempló con sus ojos azules llenos de lágrimas, como si no comprendiera lo que sentía, como si jamás en su vida hubiera experimentado ese dolor. Pero soportó la curación estoicamente y cuando coloqué la última bandita esbozó una débil sonrisa que me sacudió por completo.

Yo también era un niño y ya sabía que era gay. Lo sabía con una naturalidad que ahora me parece extraña porque ya no la recuerdo, porque ya la he olvidado.

Sé que Pruk solo me gusta porque se parece a Saphir. Porque es rubio y tiene los ojos verdes. Pero en Pruk no hay nada de la ternura de aquel

niño que invité esa tarde a comer rosas. Y la tarde que siguió, y la tarde que siguió...

Aguardaba que mi madre fuera a preparar el té o a dormir la siesta y salía a la entrada de la tienda a fingir que regaba las plantas en exhibición. Cuando Saphir me veía, sabía que podía acercarse. Las primeras veces nos saludábamos con un hola, pero una tarde nos despedimos con un beso. Todavía lo recuerdo, allí enfrente de mí, con su camiseta y sus pantalones raídos. Con los ojos abiertos cargados de expectación y sus labios rojos por el pigmento de las flores. Lo recuerdo como si fuera ayer. Nos miramos por unos segundos, él parpadeó y, en menos de un instante, me incliné hacia él y apoyé mi boca contra la suya. Su piel olía a rosas. Lo sentí sonreír contra mis labios.

—¿Vendrás mañana? —No sentí vergüenza de preguntárselo. Aún no había aprendido a avergonzarme del amor.

Y por su respuesta, estoy seguro de que él tampoco.



—¡Por Nathan! —exclama Alex levantando su trago por encima de nuestras cabezas.

—¡Por el viejo Nathan! —se burla Thadeo.

Selene solo sonríe. Nuestros vasos tintinean, los cubitos de hielo de su interior chocan suavemente entre sí, las luces le arrancan reflejos dorados a mi cóctel de rosas.

Mis amigos me miran atentos y su impaciencia me incomoda. Quieren ver si me intereso por algún chico o si algún chico se interesa en mí. Pero la concurrencia parece no estar a la caza de un novio o de un ligue. No hay hombres solos; todos han venido en grupo y en grupo permanecen, charlando, tomándose *selfies* y bebiendo. Quisiera tener las cualidades para agrandar mi pequeño círculo social. Me conformaría con poder convertir este triángulo en un pentágono.

Alex comenta algo de la universidad, pero cuando Thadeo abre la boca para hacerle una pregunta, bajan la música y las luces.

—Buenas noches, bellas criaturas mágicas —dice una voz andrógina por los parlantes—. Gracias por elegir Dulce Minerva para pasar esta cálida velada. Recordamos que en el salón principal no deben fumar. Si desean hacerlo, pueden ir a la terraza. También les recordamos que las

salidas de emergencia están debidamente señaladas como tales. Y ahora sí, el momento que muchos de ustedes han estado esperando. ¡Démosle la bienvenida a... *Madame Sultana!*

Se oyen silbidos y aplausos, y el telón se desliza delicadamente hasta dejar al descubierto un pequeño escenario adornado con estrellas colgantes. No se han esforzado mucho con el decorado, aprecio al ver que algunas de las estrellas tienen las puntas retorcidas. Y allí, en el medio del escenario, hay un taburete y un micrófono.

Entonces, aparece *ella*.

No es muy alta, pero es delgada y esbelta, y se mueve con la delicadeza de unas rosas acariciadas por el viento. Lleva el mismo vestido negro que luce en los afiches de la calle y su cabello de color miel cae sobre sus hombros en grandes y elaborados rizos. Aplauzo al notar que todos a mi alrededor celebran su aparición y ella le sonríe al público, agarra el micrófono y, sin dejar de sonreír, se sienta en el taburete con las piernas cruzadas.

Siempre he estado seguro de mi sexualidad, pero Madame Sultana me hace dudar por primera vez en mi vida. Hay algo que me atrae de ella. Tal vez sus gestos, tal vez su voz de contratenor, tal vez que en realidad no es más que un personaje y que detrás del maquillaje, la peluca y el vestido, hay un muchacho.

Cuando Madame comienza a cantar, Thadeo dice algo al oído de Selene. Alcanzo a escucharlo:

—¿Está cantando *de verdad*?

Me pregunto lo mismo y presto más atención. Sí, mi amigo tiene razón: Madame Sultana está cantando en vivo en vez de fingir hacerlo moviendo los labios, como hacen muchas *dragqueens*. Puedo oír el momento en el que toma aire para seguir cantando y hasta el instante en que sus labios pintados de rosa se separan con un delicado chasquido.

Canta con una voz muy grave para ser de mujer, muy aguda para ser de hombre. Canta con una voz indefinida, pero maravillosa. Veo su garganta temblar cuando su voz se alza en los vibratos y la multitud aplaude cada vez que efectúa un grito más agudo que el anterior.

*No fue brujería,
puedes mirarme, pero desde la lejanía.
Soy un sueño y tú no lo sabías,
ven conmigo, esto es piratería.
Pero ven caminando,*

*no estoy apurada y no te estaré esperando.
Hay lista de espera, pero ya te los espanto,
no rompas en llanto.*

Madame Sultana nos contempla sonriente y efectúa ante nosotros una pronunciada reverencia. Un hombre se acerca al escenario y le entrega una rosa roja. Ella alarga su brazo libre y la toma con ensayada delicadeza.

Cuando Madame desaparece tras el telón, Thadeo me mira divertido.

—No me digas que te volviste hetero. Me decepcionas.

Los cuatro nos reímos y dejo caer un breve suspiro.

Más tarde, Madame Sultana vuelve al escenario y advierto que se cambió de ropa. Ahora lleva unos jeans rotos en las rodillas, unas altísimas botas de taco aguja y una camisa blanca con volados que deja a la vista su escote inexistente.

—Buenas noches, chicas y chicos... —dice con una grave voz de barítono muy distinta de la que ha usado para cantar. Baja del escenario por una escalerita (un joven se apresura a levantarse para ayudarla a bajar y ella le sonríe con coquetería) y se para en el centro del salón. La contemplo cuando pasa junto a mí y aprecio sus profundos ojos verdes y su sonrisa seductora—. ¿Qué han venido a festejar esta noche? ¿Que se acerca el fin de año? ¿Que se acerca el verano? ¿Que por fin han conseguido conquistar a esa chica o a ese chico que los traía locos? —Madame habla con tono teatral, casi en un susurro—. O tal vez están en busca de alguien. Alguien con quien caminar de la mano por las calles, alguien que comparta sus fantasías, alguien que nos preste un hombro donde llorar... O quizá... alguien con quien pasar el resto de la noche. —Madame se encoge de hombros—. No importa a quién buscan, estoy segura de que aquí lo encontrarán.

Y la música empieza de nuevo.

*No fue brujería, tú seguiste mi canto,
soy Madame Sultana, bienvenido a mi antro.
No me conocías y caíste en mi encanto.
No fue brujería, pero si quieres te atrapo.*

Y por arte de magia, los chicos dejan caer la cabeza sobre los hombros de sus novios. Las chicas besan los labios de sus novias y les acarician el cabello.

Alex mira su teléfono, donde seguramente lleva miles de fotos de su novia. Thadeo y Selene permanecen quietos y mudos, quizá intentando

ocultar que se gustan. Y yo... yo miro a Madame Sultana porque no tengo a nadie a quien mirar.

*Ven acá, ven acá, ven acá,
toma un trago y la noche dirá.
Si buscas placeres, tengo to' lo que tú quieres,
quédate, vamos a bailar.
Ven acá, ven acá, ven acá,
toma un trago, vamos a brindar.
Si buscas placeres, cuéntame lo que me ofreces,
porque yo te digo...
De mí no te enamores,
te lo advierto, luego no llores.
Yo no soy una dama:
soy solo Madame Sultana.*



Alex conduce con precaución para evitar que nos detenga la policía. Selene duerme con la cabeza apoyada en mi regazo y Thadeo, como siempre, permanece acoplado a su celular. Cuando llegamos a mi casa, aún no ha amanecido.

Me despido de mis amigos y subo las escaleras sigilosamente para no despertar a nadie. Bostezo. Entonces oigo un sonido extraño que proviene de la calle. Miro por la ventana y ahí está Pruk. Intenta treparse al árbol, pero al parecer está demasiado borracho. Lo contemplo por un momento hasta que la vergüenza ajena se me hace insoportable.



La aplicación se llama Bitluv, es propiedad de McNamara Corporation y Selene estaba en lo cierto. Es una aplicación para buscar pareja, pero la opción *amistad* también está en su descripción. *Conoce a tu media naranja, a una jugosa manzana o hazte amigo de una pera.* No me hace mucha gracia la analogía de las frutas. Especialmente porque el tubo nunca me da frutas enteras.

Para mi sorpresa, no me cuesta encontrarlo. Solo deslicé la ruleta dos veces... y allí apareció su foto. El chico llamado Etienne, de ojos verdes y

cabello negro. Sin querer, sonrío. De verdad que tengo ganas de salir con alguien. Quiero a un chico con quien tener otro tipo de intimidad, que me quiera de esa forma distinta. Quiero enamorarme aunque sea por un rato. No me preocupa lo que pueda pasar después o cuánto pueda llegar a durar.

Hola, Etienne. Cómo estás? Me llamo Nathan y soy de la Región Tiburk. Tengo 18 años (recién cumplidos, jaja). Quería saber si te gustaría encontrarte conmigo un día de estos.

Borrar, borrar, borrar.

Hola, cómo estás? Quieres salir?

Borrar, borrar.

Hola, Etienne. Cómo estás? Eres muy lindo. Quieres charlar un rato? Me llamo Nathan, tengo 18.

Suspiro.

Y... enviar.

La tarde se arrastra lenta y pesada, como un caracol sobre un tallo. Interminable, como una perfecta tarde de domingo. A eso de las cinco, mi madre me pide que la reemplace en la tienda. Cuando comienza la primavera, y durante todo el verano, abrimos la tienda algunos domingos. Las aves sagradas nacen todos los días y la gente aprovecha los fines de semana para renovar el altar.

Cambio el agua de las rosas y los jazmines, les refresco los pétalos con agua fría y reviso el correo electrónico y la *app*. Nada de nada. Me descubro a mí mismo cantando una melodía desconocida y cuando intento recordar dónde la oí, el rostro de Madame Sultana me saluda desde mis recuerdos.

Cierto, el sueño. La perla que me regaló Alex está en mi habitación, escondida dentro de una media que perdió a su compañera. Nadie se imaginaría que el intachable hermano de mi mejor amigo, Alex McNamara, me regaló una sustancia ilegal. No sé lo que pensaría mi padre, pero sí sé lo que haría mi madre: denunciaría a Alex sin dudarlo. No debo dejar la perla en mi habitación, pienso. Es mejor que la lleve siempre encima.

Una chica compra una planta de lavanda y un anciano recorre la tienda durante media hora para finalmente no comprar nada.

Cuando llega la hora de cerrar, entro las plantas que están en exhibición en la calle y me quedo en la puerta, contemplando la noche que cae sobre mí. A estas horas llegaba Saphir, con su sonrisa y su estómago vacío. Y ahora, siete años más tarde, imagino que se acerca a mí desde el horizonte desangrado, transformado en un muchacho alto y delgado con la misma sonrisa y la misma inocencia en los ojos. Quizá hablaríamos un

rato, como si nos conociéramos de toda la vida. Le diría que puede venir todos los días a buscar flores y plantas que comer, pero que venga a la hora del cierre, para que mi mamá no lo vea. Nos haríamos amigos por un rato, porque pronto tendría que decirle que no estaré en la floristería por mucho tiempo más. Le contaría que me siento muy solo.



Esta noche, el tubo nos entrega croquetas de pollo y puré de calabaza. Mamá deja caer, como quien no quiere la cosa, que el ave sagrada de la vecina de enfrente aún no ha nacido. Mi padre pone los ojos en blanco. No se ve de buen humor y cuando no está de buen humor, no se molesta en disimular que el fanatismo de mamá le enferma.

En ese momento suena mi celular y trago saliva cuando veo que se trata de una notificación de Bitluv. Etienne me acaba de contestar.

—Nathan, deja tu teléfono y come, por favor —me reta mamá.